

Héctor Figueroa convirtió su vida y lucha contra el mal de Parkinson en un libro

Desde que se le declaró la enfermedad ha escrito cinco ejemplares y en el último da cuenta del trastorno que padece y de cómo esta condición afecta su vida cotidiana.

Por René Martínez Rojas

Héctor Figueroa (70) escribe más o menos de los 12 años, siempre cuentos, poemas e historias de la vida diaria. Y a partir del año 2008 se reveló que lo hacía de manera anónima.

Sus textos los escondía por miedo, por vergüenza, y fueron sus hijos quienes un día descubrieron sus escritos ocultos en el entretecho de la casa y mandaron a hacer un libro que le obsequiaran en el día de su cumpleaños.

«Fue el primer libro, de los 14 que ya llevo. De ahí en adelante me mostré en la calle y en todas partes como escritor. Entré a participar en *Pertenezco al Libro Libre*, que es de la Municipalidad de Coquimbo, y ahora en La Serena formo parte de un grupo de escritores callejeros que no tiene donde vender lo que hacen», cuenta.

Todos sus ejemplares los comercializa de manera independiente, con el seudónimo de Máximo Chambonez. ¿Por qué ese apodo? «Máximo Chambonez era una persona de los años 60, que como personaje hacía puras tonteras, y como en ese tiempo yo era menor de edad, mi madre me decía: *ya está el Máximo haciendo tonteras...*», recuerda.

■ SU HIJO SON

En este su último, *Trilogía del Parkinson* (ediciones Wayruro), dejó fluir todo, sin oponer resistencia. Explica que su objetivo fue contar su experiencia, y que cada lector evalúe si le sirve.

«Tengo ocho años con Parkinson y me da cuenta que la sociedad no te toma en

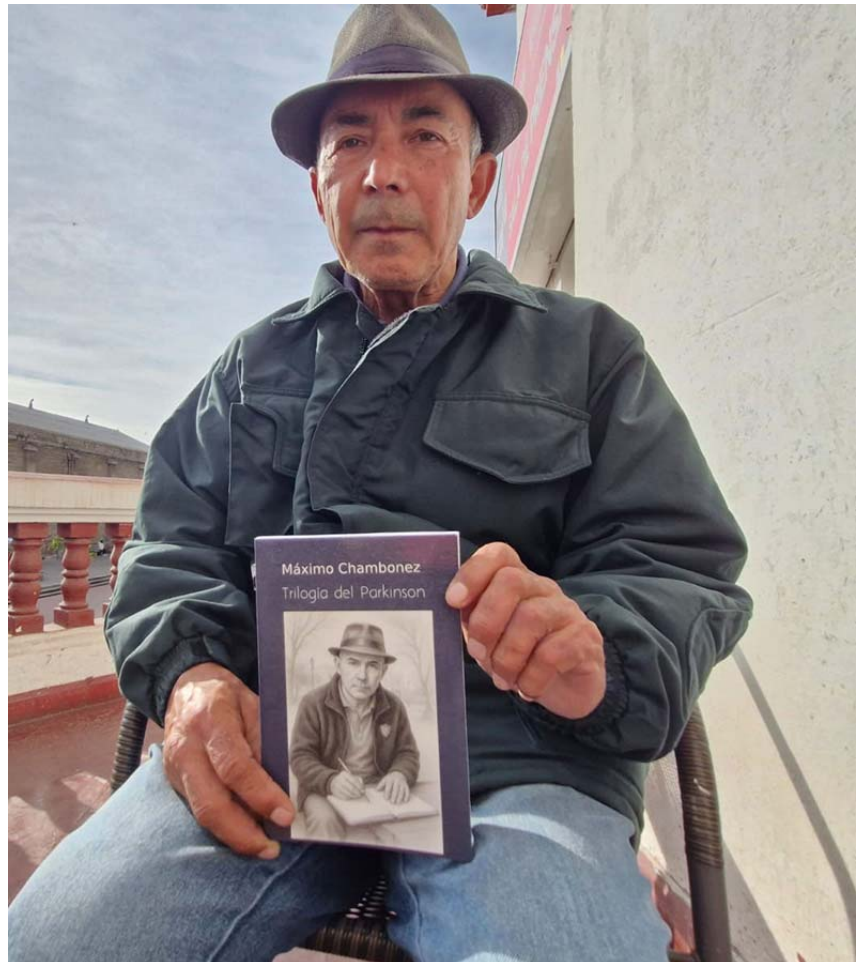
cuenta, así que uno de los objetivos de este ejemplar es visibilizar y tener conciencia de lo que es el Parkinson».

Ya no se aferra tanto al pasado ni a expectativas sobre el futuro. Para él, esta no es una enfermedad común que con un remedio se pasa, «pues tiene una evolución constante. ¿Cómo se aprende a convivir? ¿cómo te tratan en la calle? Esa es la idea principal de lo que escribí y que demoré mucho tiempo».

Para hacerlo realizó un experimento de tres meses, de seis de la mañana a las 20 horas, en que recorrió las calles de La Serena, universidades, centros comerciales, hospitales y donde conversó con mucha gente. En ese tiempo se dio cuenta de la realidad y de cómo es vivir con este mal, «porque si bien hay muchas personas que son empáticas, que te ayudan, también existe una minoría que no lo hace y no te trata bien».

Recuerda que un día partió saludando a personas en la plaza desde muy temprano «y de cien que saludé, ochenta me ignoraron. Y eso es parte del experimento. Fui a la universidad donde me sacaba la mochila y la dejaba en un lugar, después trataba de ponerla y no podía y veía cuántos jóvenes me ayudaban y todo eso está escrito en este ejemplar».

Su bien reconoce que su vida cotidiana es difícil, «no pierdo las ganas de ser feliz, las ganas de enamorarme como todo el mundo, pues intelectualmente estoy súper bien. Es una cosa de apreciación, ya que los movimientos son involuntarios, pero no significa que esta enfermedad me invalide».



Cuando se le declaró el Parkinson se le vino la noche. Pero de esa oscuridad han surgido cinco libros. El sexto estará seguramente a fin de año y también está relacionado con el Parkinson, «pero es un poquito más entretenido, porque yo creé un hijo que es justamen-

te el Parkinson, incluso llegó a tenerle cariño porque me ha hecho vivir, me ha hecho pensar en el amor y que las personas son seres humanos a las cuales hay que tenerles cierto aprecio. Es un hijo imaginario que se llama Son, que me hace feliz, me hace vivir...».